

UNIVERSIDAD DE LA MÍSTICA

“VUESTROS JÓVENES
VERAN VISIONES Y
VUESTROS ANCIANOS
SOÑARÁN SUEÑOS”

Educar la interioridad para aprender a ser

Elena Andrés Suárez

30/01/2016

*Al llegar el día de pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Residían en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: "¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa: Partos, medos y elamitas; los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene; los romanos residentes aquí, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios? Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: "¿Qué significa esto?" Otros, en cambio, decían riéndose: "¡Están llenos de mosto!". Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó la voz y les dijo: "Judíos y todos los que vivís en Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: - Éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta: **Sucedará en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre todo mortal y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra. (Hch 2, 1-17)***

TODOS TENEMOS NUESTROS “CENÁCULOS”

Permítanme tomarme la licencia de leer este sugerente pasaje del Libro de los Hechos desde el punto de vista de una educadora que, en lo que de joven vibra dentro de sí, “ve visiones” y en lo que de “anciana” va teniendo “sueña”.

El contexto del acontecimiento de Pentecostés, me sirve de punto de referencia para compartir una reflexión y una propuesta pedagógica que nace en el contexto de un amplio cenáculo y al que quiero rendir homenaje hoy aquí porque sin esas presencias no hubiera podido descubrir la anchura y la profundidad de la vida. En ese mi particular “cenáculo” visualizo a mis padres, a mis educadores/as del colegio, a mis queridos/as amigos/as que han dejado huella en mi alma y la siguen dejando, visualizo a los grandes hombres y mujeres que han acogido mis búsquedas, preguntas y certezas y me han animado, iluminado, aconsejado; en ese personal “cenáculo” están tantos educadores y educadoras con los que he trabajado y trabajo mano a mano, y en él mi marido con quien comparto la cotidianidad de la vida en la que cada uno queda de veras reflejado

en su proceso de “ir siendo”. Pero ahí están también y los siento amigos/as y compañeros/as de camino, los grandes místicos y místicas cristianos y de otras tradiciones que, desde muy joven, me salieron al encuentro a través de formidables y eternos momentos de lectura en los que he descubierto que, con diferentes palabras y concreciones vitales, todos ellos y ellas me señalaban en la misma dirección. Por ello es tan importante, a mi modo de ver, y en el contexto de una reflexión sobre la interioridad humana, que el acontecimiento de Pentecostés sea una realidad que aglutina lo individual y lo colectivo. Es el individuo quien recibe el don pero lo recibe mediado también por el contexto humano y en medio de él. Ese don del Espíritu Santo no es otra cosa que la misma Vida de Dios en nosotros/as, la capacidad para “gustar internamente”, para saber visitar las numerosas moradas del “castillo interior” y buscar aquella “interior bodega” en la que “reclinar el rostro sobre el amado”. El don del Espíritu que nos es regalado para, simplemente, ser felices, dichosos, plenos ya, aquí y ahora, cada uno/a y todos/as unidos/as.

Porque, y esto me interesa subrayarlo desde el principio de esta intervención, **jamás la interioridad y la exterioridad humana pueden vivir la una al margen de la otra.** Son dimensiones hermanadas que nosotros/as, cuando leemos la vida desde la dualidad egoica, nos empeñamos en acotar y separar, generando un debate innecesario y una oposición que es inexistente. Por ello, cuando nos ocupamos de la dimensión interior no lo hacemos porque desdeñemos o no nos interese la exterioridad humana, sino, al contrario, lo hacemos porque para que esta sea plena, precisa del alimento y de la conexión con todo aquello que brota de la interioridad, pero igualmente cierto es que la interioridad se nutre también de todo aquello que proviene de lo que denominamos exterior (movimiento, acciones cotidianas, relaciones, acontecimientos...) y es ahí, en la cotidianidad donde muestra su verdad o su falsedad.

El Espíritu, la *dynamis* vital de Dios, atraviesa los límites humanos –diferentes lenguas, diferentes procedencias, diferentes modos de entender los acontecimientos- y se regala a todos y todas, sin acepciones, sin restricciones, posibilitando otro modo de ver las cosas que religa a la persona y la comunidad con la esencia de todo cuanto existe, haciendo que en cada ser humano que vive esa experiencia, brote un manantial de dicha plena.

Este punto de partida a mi modo de ver es nuclear para entender la propuesta de Educación de la Interioridad en la que me sitúo desde hace ya quince años y que es la que propongo a los/as educadores/as que acompaño. Una propuesta que nace y se nutre de la raíz de gratuidad del Evangelio de Jesús, de la universalidad del Don de Dios que no conoce más límite que la libertad humana de acogerlo o de rechazarlo y que busca favorecer los procesos que desobturar el manantial interior de sentido y felicidad rescatándolo de entre las redes tantas veces enmarañadas de nuestro ego, capacitándonos así para vivir como verdadera Familia Humana.

Y son precisamente los místicos y las místicas quienes nos enseñan esa amplitud y la generosidad de Dios que busca con amor apasionado a todos y cada uno de sus hijos e hijas. Precisamente esta ponencia tiene lugar el día treinta de enero y no puedo dejar de nombrar a Mahatma Gandhi y recordar precisamente en esta universidad de la mística estas palabras suyas:

Pienso hablar con cierta alegría de mis experiencias de tipo espiritual. Soy el único que las conoce y de ellas es de donde he sacado la energía que me anima en la acción política... Cuanto más medito en mi pasado, más claramente percibo mis limitaciones. El fin que me propongo alcanzar, cueste lo que cueste, desde hace unos treinta años, responde a la palabra moksha. Se trata del cumplimiento de uno mismo, con la visión de Dios cara a cara. A este fin tiendo con todo mi ser, por medio de mi vida y de mis actos. Todo converge a ello: mis palabras, mis escritos y todas mis empresas en el terreno político. Pues bien, yo siempre he estado convencido de que lo que puede uno de nosotros lo pueden todos los demás.ⁱ

Así es, educar la dimensión interior tiene que ver con el “cumplimiento de uno mismo” y hacerlo acogiendo a Dios en nosotros que tiene que ver “con la visión de Dios cara a cara”. Pero nada de todo esto, ni el autoconocimiento, ni la apertura a Dios, puede vivirse sin la mediación del prójimo, un prójimo que, avanzado el proceso, descubrimos no es “otro”, sino que, en palabras de Javier Melloni, es “lo otro de mí”, aquello de mí que aún no conozco.

Creer en el ser hacia el Ser implica ir pasando del yo al tú, del tú al él, del él/ella hacia un nosotros inclusivo que nos va introduciendo en el Todo de Dios, donde alcanzamos un máximo de unión en un máximo de personalización.ⁱⁱ

Así pues y como **primera clave pedagógica, la Educación de la Interioridad en el ámbito educativo es una propuesta que contempla al ser humano en sus dos dimensiones: interior y exterior. Poniendo el acento en lo interior pretendemos otorgar solidez a la esfera de la exterioridad desembarazándola de todo aquello que obstaculiza que en esa exterioridad pueda brillar la luz del Ser que somos.**

EL CONTEXTO SOCIO-CULTURAL

Por nuestra condición de seres encarnados, el tiempo y el espacio también nos configuran en este nivel de existencia. Además de esos “cenáculos personales” a los que he aludido primero y que van construyéndose y construyéndonos a lo largo de nuestras vidas, existe el Gran Cenáculo de la Humanidad, la Familia Humana en la que todos y todas nacemos. Dentro de esa Familia Humana aún no hemos conseguido la plena igualdad de derechos y oportunidades, así que nos marca y mucho el lugar del planeta en el que nacemos. Por ello, hemos de tener en cuenta que nosotros hoy, aquí, en Ávila, reflexionamos en torno a la interioridad en el contexto de una sociedad en la que se perciben las huellas del sistema neoliberal hijo del capitalismo.

No me canso de señalar siempre que puedo, que es precisamente porque el neoliberalismo ha impregnado tan plenamente la cultura occidental, por lo que precisamos de una buena Educación de la Interioridad o para entenderlo mejor de un “retorno al Ser”. Señalo a continuación de manera muy resumida algunos rasgos de este neoliberalismo que hacen urgente la re-conexión con la interioridad humana:

- a) El neoliberalismo prima el dinero por sobre las personas: Las almas “sin papeles” no pueden moverse libremente, el “papel” (dinero) sin alma circula impune y se le abren todas las puertas. Nuestras estructuras de gobierno y de poder adolecen escandalosamente de alma y de corazón. La actual crisis de los refugiados, la información parcial, las lentas y contradictorias decisiones en torno a ellos/as, son el reflejo de la manera en la que el ser humano organiza las

- cosas, vive las relaciones con sus semejantes cuando actúa únicamente desde los parámetros de un ego inmaduro.
- b) El neoliberalismo anima y empuja hacia el consumo: podríamos decir que el lema tácito sería “consumo, luego existo” transformándonos en “homo consumiense”. Entrar en la dinámica del consumo por el consumo nos despista de lo esencial haciéndonos confundir tristemente lo “caro” con lo valioso y olvidando poco a poco las formas de vida y de relación basadas en la gratuidad, la compasión y el cuidado amoroso del planeta.
 - c) Las nuevas tecnologías han llegado para quedarse: el impacto en nuestro cerebro del uso abusivo de las tecnologías como el ordenador y sobretodo el teléfono móvil en nuestra manera de relacionarnos, en los ritmos de descanso, en los necesarios procesos de escucha personal y de escucha de lo profundo de la vida, son enormes. Los últimos estudios científicos y sociológicos nos sugieren que más que un instrumento útil para facilitar la vida, esas nuevas tecnologías marcan en exceso nuestros ritmos de sueño, nuestra forma de relacionarnos con los demás, alteran el funcionamiento cerebral y dificultan en extremo la experiencia del Silencio tan necesaria en el desarrollo humano y espiritual profundo al sentir la absoluta necesidad de estar conectados tecnológicamente en todo momento y lugar. Ya se habla de la “*nomofobia*” (“*no-mobile-phone phobia*”) o miedo a no estar conectado, angustia a dejarse el Smartphone en casa o necesidad imperiosa de consultar los mensajes cada pocos segundos.

¿Por qué la alusión al sistema neoliberal y a sus modos y ritmos vitales es imprescindible? Porque nosotros/as que somos hijos e hijas de ese sistema vamos a proponer vivir la experiencia de conexión con la dimensión interior a nuestros jóvenes y tal propuesta implica ritmos y modos que, en no pocas ocasiones, piden precisamente una desconexión tecnológica, ritmos pausados, repetición de técnicas, procesos a largo término, ruptura con el individualismo, toma de conciencia de nuestras verdaderas necesidades... Aspectos y propuestas que tanto a los adultos/as que deseamos hacer esta propuesta a los jóvenes como a los mismos jóvenes, nos pueden suponer un auténtico “agere contra”.

Quizá hoy, si tuviéramos que reescribir el pasaje de Pentecostés, los apóstoles y las personas reunidas comenzarían a sacar fotos del momento con sus tabletas y Smartphone, tuitearían el acontecimiento, se harían un selfie con San Pedro y, en definitiva, a lo mejor, a más de uno le pillaba el Espíritu más pendiente del espectáculo comprando el “merchandising” del momento que de la belleza y sentidos profundos del acontecimiento. Y es que si algo nos caracteriza a los occidentales es que pocas veces estamos al cien por cien donde estamos. El despiste y la distracción nos exilian a menudo de la oportunidad del presente y de su belleza y, por ende, de la presencia de Dios “más íntimo a mí que mi propia interioridad” (San Agustín).

En este contexto del neoliberalismo occidental anunciar y recordar que las raíces de la verdadera felicidad crecen en el interior, en el “sí mismo” es urgente. No para alimentar más el desorbitado individualismo que es otra de las características del hombre y de la mujer occidentales, sino precisamente para, rompiendo los parapetos del ego que busca seguridad y control, aprender a transitar los caminos que conducen a la liberación de lo egoico y que, por lo tanto, inexorablemente conducen a la apertura a los demás y al mundo que, de este modo, pasan a formar parte de uno/a mismo/a haciendo brotar una verdadera “ética de la proximidad”

Educación de la Interioridad en Occidente supone un retorno al verbo esencial de la humanidad, el verbo SER. El retorno al SER nos remite y conduce irremisiblemente al compromiso ético al romperse las barreras egóicas.

Educación de la Interioridad para SER

Nosotros, en el ámbito educativo, damos mucha importancia a la primera infancia, decimos que hasta los cinco o seis años se han de sentar bien las bases en todos los aprendizajes, que lo vivido en ese momento nos marca para siempre. Actualmente y gracias a los estudios de las neurociencias y las consecuencias que de ellos extraen las ciencias educativas, sabemos que de los diez a los quince años nuestro cerebro entra en una fase de una neuroplasticidad enorme, de alguna manera durante esos años a los que fuera del ámbito de los profesionales de la educación casi nadie da tanta importancia como a la infancia, la persona puede re-crear su vida porque, como dice José Antonio Marinaⁱⁱⁱ, es la etapa en la que se adquiere la “capacidad psicológica de hacer real lo posible” y ello gracias a que **de los diez a los quince años “se piensa y aprende de diferente manera porque la persona puede auto gestionar su inteligencia”**. Así, el núcleo del nuevo paradigma de la adolescencia sería el de la **capacidad de decidir responsablemente**, es decir, *que el adolescente aprenda a tomar y realizar buenas decisiones y mediante ellas vaya creando su personalidad, que es su gran obra.*

Y he aquí otra clave pedagógica de la Educación de la Interioridad: **crear nuestra personalidad poniendo en ello la pasión y la sabiduría de quien sabe que ello es su gran obra.**

Cada persona se instruye y ejercita integrando sus experiencias y a través de un entrenamiento para desarrollar su oficio. Esto es igualmente válido para el logro más importante de la vida: que el SER se haga realidad. Sin embargo, el ser humano nunca llegará a ser lo que está llamado a ser si no contribuye con su esfuerzo, para ello ha de tomarse a sí mismo en sus manos. La obra más importante para el ser humano es él mismo, él en cuanto persona.^{iv}

En este sentido, la Educación de la Interioridad como proyecto educativo, tiene como uno de sus objetivos **capacitar a los niños, adolescente y jóvenes para “tomarse a sí mismos en sus manos”** viviendo con la guía y acompañamiento de adultos conscientes y formados, experiencias profundas que aludan a tres de sus dimensiones principales: **corporal, psicológica y trascendente**^v tomadas como unidad, es decir, desde la conciencia de que no somos seres parcelados, sino que somos una unidad “corpóreo-psico-espiritual”. De este modo, al concluir la etapa escolar, esa persona que comienza una fase nueva en su vida ya lejos de la tutorización propia de la escuela, podrá utilizar en la vida y para la vida su *inteligencia espiritual*.^{vi}

La Educación de la Interioridad busca que, de forma secuenciada, atendiendo a las diferentes edades, cada alumno/a pueda construir un yo sano viviendo experiencias, gestando una reflexión, adquiriendo unas destrezas y unos conceptos que le vayan llevando a sentirse como una unidad corpóreo-psico-espiritual y encontrando “su lugar en el mundo” desde claves de realización personal y de servicio a los demás.

Pero añadido algo más y es que la creación de nuestra personalidad es una tarea en la que la persona emplea la mitad de su vida, no termina al salir del colegio o al cumplir los dieciocho años. Durante unos cuarenta o cincuenta años, cada hombre y cada mujer van aprendiendo a ser. En ese tiempo vital creamos lo que **Karlfried Graf Dürckheim** denomina el “**yo existencial**” y que no es otra cosa sino la forma de ser yo mismo/a acorde al contexto en el que me toca vivir. Ese “yo existencial”, necesario para entender el mundo en el que vivimos y funcionar convenientemente en él, refleja en buena medida los condicionamientos del ego, uno de los cuales es el pensamiento dual, el cual, como ya he señalado antes, entiende que una cosa es “lo interior” y otra “lo exterior”. El ego no puede entender que precisamente esa visión dual de las cosas, del mundo, del sí-mismo es lo irreal y que lo único que existe de veras es el no-dos, la no-dualidad, el Todo.

*En el ser humano, la conciencia del Yo quiebra la unidad de la vida más allá de tiempo y del espacio, lo que origina una dualidad entre el mundo histórico y el Ser supra-existencial. De ahí que la persona se sienta como viviendo entre el cielo y la tierra. Por ello, para afrontar el mundo el ser humano ha de adquirir un saber en cuanto a las condiciones de su estado existencial. **Para llegar a ser una persona completa tiene también que adquirir un saber en cuanto a su Ser esencial.***

Y aquí tenemos otra posible forma de definir la Educación de la Interioridad y que sería, como expresa Dürckheim “**adquirir un saber en cuanto a su Ser esencial**”

Pero *¿qué es el Ser esencial?* En palabras de Laia Monserrat, maestra Zen, psicóloga y Leibterapeuta, el ser esencial es “eso divino, profundo y permanente en la persona”. Veamos cómo lo definiría el **Maestro Eckhart** (teólogo dominico del siglo XIV), de quien Dürckheim afirma que sin duda, fue su Maestro:

Desde el primer contacto (el alma) está rodeada por la Unidad. Como Dios ha tocado al alma, pero El que toca es increado e increable, el alma, después del contacto con Dios, se ha vuelto tan noble como el mismo Dios, pues Dios la toca a partir de su propia esencia. Mirando a la criatura, Dios le da su ser; al mirar a Dios, la criatura recibe su ser. El alma tiene una naturaleza razonable y consciente; y es por lo que en cualquier sitio en que Dios se encuentre, el alma está allí; ¡allí donde el alma se encuentre, allí está Dios! (...) La proximidad entre Dios y el alma es tal que no hay ninguna diferencia. En el mismo acto de conocimiento en el que Dios se conoce a sí mismo (y es en esto y en nada más en lo que consiste propiamente el conocimiento del espíritu completamente aclarado) el alma recibe sin mediación su esencia de Dios. Es por lo que Dios está más cerca del alma de lo que lo está ella misma. Es por lo que Dios reside en el fondo del alma con su total Deidad.^{vii}

Cada uno de nosotros/as somos receptáculo de la total Deidad de Dios, es decir, de aquello de Dios que no nos es dado conocer por la razón, de su misma esencia. En el siglo XIII, una mujer mística, una beguina de la actual Bélgica, **Hadewijch de Amberes**, predecesora de Maese Eckhart y de la mística renana, cuyas ideas Eckhart sistematizará, escribe sobre ello a partir de su propia experiencia interior:

Una noble claridad suavemente brilla dentro de nosotros/ quiere ser acogida en el descanso fiel. / Es la chispa divina, vida de la vida del alma, / siempre unida a la Fuente divina, / en la que Dios hace brillar su luz eterna. / Revelación en lo más secreto de nuestro ser/ que ni razón ni sentidos pueden comprender/ sino en el amor desnudo. /

Quienes la reciben son sobrenaturalmente transformados/ por la chispa interior, / en un simple conocimiento divino.^{viii}

He querido nombrar y citar a Hadewijch y al Maestro Eckhart porque en el trasfondo de la propuesta de Educación de la Interioridad late la comprensión de la vida interior y de la relación con Dios de los místicos y místicas del ser, una corriente de mística teológica que generó mucha reticencia en su momento (de hecho las beguinas como Hadewijch fueron perseguidas y muchas quemadas en la hoguera acusadas de brujería y herejía y el propio Eckhart fue condenado y la rehabilitación de su persona y de su obra no llegó hasta 1992). Estas reticencias provenían sobretodo de una propuesta de vida interior y de relación con Dios sin mediaciones, en el sí de la persona.

Existe una distinción clásica en la mística entre la *mística nupcial* o *esponsal* y la *mística especulativa* también llamada *mística del ser*, o *mística de la esencia*. Pues bien, ambas encuentran un puente de unión en Hadewijch y en toda la corriente mística de las beguinas de la Edad Media. De alguna manera, ellas integran *lo afectivo* y *lo especulativo*. Es como si nos dijeran que aún siendo Dios inaccesible, inaprensible por las palabras, por las razones, por los pensamientos e incluso por las virtudes, sin embargo sí existe un camino para “gustar a Dios”, es el del vaciamiento de todo lo accesorio para regresar a lo que realmente se es desde toda la eternidad. Porque desde toda la eternidad cada uno de nosotros/as, en expresión de Hadewijch, somos “Dios con Dios”^{ix}

Desde este convencimiento vital y teológico la Educación de la Interioridad aboga por preparar en la persona la tierra interior para que pueda, llegado el momento “dejar a Dios ser Dios”. Dürckheim lo explica así:

Sólo cuando se integra el yo existencial con el Ser esencial se producirá la articulación hacia el verdadero sí-mismo.

El SER es lo que hay de más concreto y próximo en el fondo de nuestra experiencia. Es lo que somos en nuestro Ser esencial. Cada vez que el Ser se adueña de nosotros/as cambia el trasfondo psíquico. Se hacen presente una fuerza, alegría y amor tal que resulta incomprensible o ilógico para ese yo que quiere comprenderlo todo racionalmente. Para que el SER pueda manifestarse a través de nosotros/as en la vida cotidiana, no es precisa una forma que nos permita adquirir una nueva “constitución”.

(...)El Ser no es un concepto abstracto, es una realidad que nos llama interiormente por medio de un particular sufrimiento; es la Realidad verdadera, la verdadera raíz del sujeto humano frente a la que el yo no es sino un pseudo-sujeto. Este Ser es el gran compañero de nuestras vidas. Si escuchamos su voz, manifiesta su cualidad de espíritu salvador en cuanto nos conduce de nuevo a la unidad esencial, dándonos de forma totalmente diferente la seguridad, la perfección y la totalidad.

La vocación fundamental del ser humano es testimoniar el ser divino en el lenguaje humano. Esa vocación humana vive en la persona como Ser esencial que es la forma en la que participa del SER y la manera en la que el SER tiende a manifestarse en el mundo a través de cada persona, en el seno de la existencia espacio-temporal.^x

Esta integración del yo existencial y del Ser esencial se percibe en lo que tiene de verdad o de mera pose en la vida cotidiana. Por eso resulta tan interesante, bajo mi punto de vista, la obra de Dürckheim y anterior a él, la propuesta de los/as místicos/as.

Un verdadero proceso de unificación personal, de integración del cuerpo, la psique y el espíritu ha de llevarnos irremediabilmente a vivir plenamente lo que nos toca vivir, liberados de los artificios del ego.

La Educación de la Interioridad, en este sentido, no busca generar momentos extraños que no conducen a nada, cayendo en el “consumo de experiencias”, sino hacer un camino personal y en grupo que ayude a cada alumno/a a vivir con sentido sus circunstancias, que le capacite para “empalabrar” lo que vive, lo que siente, lo que piensa. Todo ello en una etapa vital en la que lo que toca es precisamente construir un ego fuerte y sano que permita a la persona tener una identidad y responder a la realidad en la que vive con eficiencia. Desde la Educación de la Interioridad acompañamos al niño, al adolescente en la creación de su yo existencial de la forma más sana y amable posible, generando en él una autoimagen positiva, trasmitiéndole con gestos y palabras que él/ella vale la pena, que en su interior hay tanta belleza que no puede perderselo mirando sólo hacia fuera. Algo que Rilke expresó tan bellamente en sus “Cartas a un joven poeta”:

“Camine hacia sí mismo, y examine las profundidades en las que se origina su vida. Nada puede estorbarle con mayor violencia que mirar hacia fuera y de allí esperar una respuesta a preguntas que sólo su más íntimo sentimiento, en los momentos más silenciosos, puede acaso responder (...)

(...)Si su vida diaria le parece pobre, no se queje de ella; quéjese de usted mismo, dígame que aún no es lo bastante poeta como para convocar su riqueza, pues para el creador no existe pobreza ni lugar pobre o indiferente (...)

Pero esta noble y urgente tarea de favorecer la conexión con la dimensión interior sin banalizaciones ni falsos espiritualismos, debemos afrontarla con enorme humildad, porque no es el/la adulto/a que acompaña quien ha de dar las respuestas, sino más bien quien debe favorecer la emergencia de las preguntas profundas, de nuevo en palabras de Rilke:

(...)Aquí, donde me rodea una tierra poderosa, sobre la que soplan los vientos arrastrados desde el mar, siento que ningún ser humano puede responder a ninguna de las preguntas y sensaciones que, en su profundidad, tienen vida propia. Porque incluso los mejores se equivocan con las palabras cuando quieren nombrar lo más sutil e indecible. Pero creo también que no deben quedar sin solución si se ciñe a cosas que se parecen a las que ahora dan descanso a mis ojos; si atiende a la naturaleza, a lo sencillo que hay en ella, a lo pequeño, a lo que casi nadie ve y que tan súbitamente puede transformarse en algo grande y sin medida; si usted ama lo menudo, y con toda sencillez busca como un servidor ganarse la confianza de lo que parece pobre, todo se le volverá más fácil, más unificado, tal vez no en el entendimiento, que siempre retrocede sorprendido, pero sí en su más íntima conciencia, en su estar despierto y atento, en su íntimo saber de la vida (...)

Es como si cada educador/a que intenta aportar algo a este descubrimiento de la vida interior susurrara al oído de cada niño y de cada joven estas palabras también del poeta:

(...)Usted es tan joven, está tan lejos de toda iniciación, que quisiera pedirle, lo mejor que sé, querido señor, que tenga paciencia con lo que no está aún resuelto en su corazón y que intente amar las preguntas por sí mismas, como habitaciones cerradas o libros escritos en una lengua muy extraña. No busque ahora las respuestas: no le

pueden ser dadas, porque no podría vivirlas. Y se trata de vivirlo todo. Viva ahora las preguntas. Quizá después, poco a poco, un día lejano, sin advertirlo, se adentrará en la respuesta. Quizá lleve usted en sí mismo la posibilidad de formar y crear como una manera de vivir especialmente feliz y auténtica. Prepárese para ella, pero acepte todo lo que venga con absoluta confianza. Y siempre que algo surja de su propia voluntad, de alguna honda necesidad, acéptelo como tal y no lo odie."

Será mucho más tarde, a partir de la mitad de la vida, en el momento en el que todo está más o menos bien situado en el nivel terreno, el momento vital en el que sentimos que hemos "alcanzado" todo aquello que deseábamos, una cierta organización de la vida conseguida, cuando precisamente sentimos que nuestro *yo existencial* está a pleno rendimiento justo entonces suele emerger esa voz interior que comienza a susurrarnos que hay algo más, que debemos "ir más allá" si de veras queremos ser felices. Ese susurro a veces se convierte en alarido y no es raro que hacia la mitad de nuestra vida, algunos vivamos crisis de hondo calado que nos desnudan de artificios y nos dan la gran oportunidad de abrimos al Ser esencial.

En la vida de todos los místicos y grandes santos encontramos esa "noche" que, con perfiles diferentes en cada uno/a de ellos/as, fue el momento de romper con los últimos lastres egoícos para abandonarse de lleno en las manos de Dios. San Juan de la Cruz es el creador del símbolo y concepto de la "noche" y él mismo vivió ese proceso de desasimiento absoluto que da acceso a una nueva relación con Dios en la que ÉL toma todo el protagonismo. Teresa de Jesús vivirá veinte años de una absoluta sequedad espiritual. San Francisco de Asís lo con una crudeza profunda en la "noche de la Verna"; Santa Juana de Lestonnac lo experimentará en la conocida como "noche del Císter", San Ignacio de Loyola vive un primer derrumbe entre las ruinas de la ciudadela de Pamplona y más tarde a lo largo de su proceso de comprensión interior en los meses de ermitaño en Manresa, M^a Eugenia Milleret lo experimentará como una crisis de inteligencia y de corazón, San Vicente de Paul entre los treinta y los cuarenta años de edad, Santa Luisa de Marillac vive la noche durante la enfermedad y posterior muerte de su marido, Teresa de Lisieux vive la "noche de la nada" sin dejar traslucir hacia fuera el drama que se desarrolla en su interior.

Puede parecernos que hablar de "noche" es quizá excesivo, pero a menudo, antes de ser adentrados en noches más profundas, las personas vamos viviendo momentos en los que llegan a nosotros ecos dolorosos de "algo más", de un nivel de nosotros mismos más profundo que no alcanzamos a saber escuchar ni acertamos comprender. Podemos afirmar que todo ser humano por el hecho de serlo está abocado a vivir lo que Teilhard de Chardin llama en su obra "el Medio Divino" las "pasividades", unas son de crecimiento y llegan a cada uno/a de nosotros/as a través de la amistad, el amor, etc. y otras son "pasividades de disminución" y nos sobrevienen en la enfermedad, la pérdida, el dolor... Lo que puede diferenciar a unas personas de otras es que lo que para unos es un motivo de desesperación y amargura y busca solventarse por la vía de la distracción o de la medicación, para otras personas se transforma en la gran oportunidad para conectar de forma decisiva y permanente con el verdadero sentido, con la felicidad interior dejándose liberar de lo accesorio y viviendo tantas veces un verdadero "despertar espiritual" a través de experiencias de vaciamiento.

Para mí la gran pregunta es: **¿podemos ofrecer un ámbito educativo en casa y en el colegio en el que la construcción del yo existencial no se viva desgajada de lo profundo de la persona?** Es decir, ¿existe la posibilidad de educar de tal forma que la

persona pueda después afrontar esa llamada del ser esencial sin necesidad de llegar a ello por el sufrimiento y la insatisfacción vital o capacitándole para saber escuchar la llamada e invitación oculta en los procesos de insatisfacción, sensación de vacío y noche?

EL PELIGRO DE BANALIZAR LO PROFUNDO

Casi todo el mundo experimenta que “así no podemos vivir”, que vamos como ahogados, que nos falta algo, pero muchos siguen buscando ese “algo que me falta” fuera: consumiendo relaciones, actividades, trabajo, ocio, posesiones... Ya hace muchos años en muchas personas, creyentes y no creyentes, todo cuanto tiene que ver con el saber “vivir en el presente” y la “atención plena” encuentra un enorme eco pero corremos el riesgo de banalizar esas técnicas que nos ayudan a anclarnos en el presente convirtiendo esos ejercicios, los que sean, en una especie de píldora que me tomo cuando ya no puedo más, cuando en realidad, la propuesta es mucho más profunda. Se trata en un lenguaje evangélico, de que “el grano caiga en tierra y muera para dar fruto”. Se trata de, en un lenguaje paulino “morir al hombre-mujer viejo/a”, se trata como nos dice el zen de “aburrir al ego” para que pueda manifestarse el Ser esencial. Y todo ello es duro, porque por un lado exige una fidelidad al camino emprendido, como diría Teresa de Jesús requiere una “muy determinada determinación” y por otro lado nos confronta, nos lleva a vivir despiertos, atentos; ya no nos podemos “vender” a nada ni a nadie. Quedamos desnudos de seguridades, eso es incómodo y doloroso, sí, pero amanecemos plenos de certezas. Nuestra imagen de Dios, de nosotros, de lo que importa en la vida sufre una metamorfosis que puede hacernos sentir como en tierra de nadie, pero es el paso obligado, la Pascua que hemos de vivir para re-nacer.

Para eso precisamente quiere preparar el terreno una buena Educación de la Interioridad que, evidentemente, precisa ser propuesta por adultos/as que estén en ese mismo proceso, que sean testigos, que puedan ser mistagogos. **Precisamos místicos de la educación cuya sola presencia ya sea una palabra.** Por ello serán de capital importancia los procesos formativos y los acompañamientos que se otorguen a los propios/as educadores/as en sus colegios.

«LOS ANCIANOS SOÑARÁN... Y LOS JÓVENES TENDRÁN VISIONES» (Hch 2,17):

Y, ahora sí, por fin llego a la frase que he elegido como título para mi intervención. Siempre que leo este versículo me llama la atención que el verbo que se aplica a los ancianos sea “soñar” mientras que el que se aplica a los jóvenes sea “tener visiones”, me resulta curioso porque solemos afirmar que la juventud es la época de los sueños y, en cambio, lo de “tener visiones” o “ser un visionario” nos puede sonar más a alguien ya curtido, experimentado. Sea como sea el versículo es hermoso y sugerente. Porque alude a dos edades del ser humano muy importantes, la juventud y la ancianidad.

Este mundo en el que vivimos está muy herido y, como siempre, y como nunca necesitamos jóvenes que vean lo que los adultos no podemos ver. Precisamos jóvenes visionarios, que vean con los ojos del corazón, que vean lo que puede llegar a ser la humanidad si esta se atreve a vivir desde lo profundo y no desde la superficie. El mundo necesita un desembarco masivo de jóvenes apasionados, que no se dejen adormilar por

los cantos de sirena del sistema establecido. ¿Y qué es una revelación? Nos lo dice María Zambrano:

Todo es revelación, todo lo sería de ser acogido en estado naciente. La visión que llega desde afuera rompiendo la oscuridad de sentido, la vida que se abre y que solo se abre verdaderamente si bajo ella se abre al par la visión. Cuando el sentido único del ser se despierta en libertad, según su propia ley, sin la opresiva presencia de la intención, desinteresadamente (...) se enciende así la visión como una llama. Una llama que funde el sentido hasta ese instante ciego con su correspondiente ver y con la realidad misma que no le ofrece resistencia alguna.^{xi}

¿Quién mejor que un joven puede acogerlo todo en estado naciente? Es por ello que urge proponer a nuestros jóvenes y vivir con ellos verdaderas experiencias de humanidad y de divinidad, perder el miedo a ser humanos y perder el miedo a dejar que Dios sea Dios. En eso los místicos y las místicas pueden enseñarnos tanto... El Hermano Roger de Taizé decía algo así como que “si a un joven le pides un poco quizá no te dé nada pero si le pides mucho, te lo dará todo”. Quizá somos nosotros, los/as adultos/as los que no creemos en la capacidad visionaria de nuestros jóvenes en su capacidad para atravesar los acontecimientos para ver lo que de verdad hay tras ellos, esta falta de fe la pagamos caro cuando no nos atrevemos a caminar caminos recios con ellos y ellas desde el punto de vista de la profundidad humana y divina.

Y nuestros ancianos soñarán. Alguno pensará en la imagen de un anciano dormido en su butaca, en casa, en un residencia y soñando quizá con que sus hijos vienen a verle. Esta dura sociedad nuestra ha relegado a los ancianos, los adormece, los esconde. Los ancianos nos molestan. En un foro sobre juventud ¿Por qué hablar de ancianos? Porque sin ellos nos falta la memoria, sin los ancianos, nos falta la mirada del niño, sí, del niño-sabio. El anciano, aunque sólo sea por los años vividos guarda una memoria que nosotros no tenemos. El anciano que, además, ha vivido ese recorrido vital que le ha permitido morir al ego, que le ha hecho transparencia del Ser esencial ese anciano vuelve a ser un niño: nada teme, todo lo acoge, de todo se sorprende, pero no es ya ingenuo aunque sea inocente. La mirada de un anciano tiene algo que enamora quizá porque es la mirada de quien está ya soltando las amarras finales y está más próximo a lo eterno y definitivo. En las pupilas del anciano pervive el pasado, queda acogido el presente con ternura y se intuye el futuro viaje que todos/as deberemos hacerLa ancianidad nos regala algo que nos devuelve al niño/a que fuimos a la vez que permite emerger una nueva sabiduría.

Por ello los ancianos han de poder soñar y nos han de poder explicar sus sueños. **Imaginad una escuela en la que los ancianos y los jóvenes pudieran hablar, soñar y ver juntos. Un camino educativo sin ancianos carece de algo importantísimo y nuestros ancianos sin jóvenes cerca se sienten exiliados de las corrientes de la vida.**

Nuestro mundo también necesita ancianos soñadores que nos encandilen con su saber, con su perspicacia, con su “nada que perder” que les hace prácticos y locos a la vez.

Creo que es la vivencia de aquello que denominamos místico donde todo esto puede florecer. Sin duda alguna, el siglo XXI será un siglo místico o no será.

Y como aportación final de esta reflexión, quisiera compartir esta bella propuesta de uno de esos místicos y místicas anónimos/as que nos rodean felizmente. En este caso mi querido amigo Carlos Villalba, del Foro Religioso Popular de Vitoria, él, hombre de

profunda sensibilidad nos propone estos diez pasos que bien podrían ser un itinerario de aprendizaje vital:

1. Para caminar, primero desamarrémonos los pies / (Con frecuencia malandamos con los pies atados) / Y, sin otro preámbulo, atendamos al entusiasmo de cada paso.

2. Caminemos celebrando el doble anclaje de los pasos: el que nos afirma en el suelo y el que nos cuelga del viento / (Viajeros de tierra adentro y de todas las estrellas).

3. Si en el camino un niño, “¿para qué caminamos?”, pregunta:/ “Para conocer dónde nace el río / Para saborear el agua de montaña / Para sincronizarnos con el viento / Para verternos en la espaciosidad sin alfabetos”, respondamos / (El niño comprenderá, sus ojos son pequeños pero ven cosas enormes).

4. Caminemos haciendo caso omiso del viento en contra —las quejas son roedores que agujerean el ánimo; no podemos detenernos a construirles madrigueras.

5. De trecho en trecho, hagamos pausas / Para mirar alrededor y que nos atraviese el arte / Para, en los silencios, ir más allá del pensamiento / Para, cerrando los ojos, oír cómo la luz se nos va para adentro / Para respirar conscientemente la conexión con todo.

6. Caminemos dejando que nos lleguen los susurros de los pasos de otros / (“El que anda a la escucha no es impasible”) / Si escuchamos ya no andaremos mendigando misericordia; / simplemente dejaremos que la compasión ocupe todo nuestro espacio / Permitámonos ese cielo.

7. Con el que está en forma caminemos ágiles / Vayamos despacio con el lento, sin que se percate / Que con nosotros el cojo se olvide de que es cojo / Y que el débil sienta que lo suyo “no es para tanto”.

8. Caminemos cantando / Podemos comenzar con Silvio: / Vamos a andar, para matar al egoísmo y revivir la amistad / Vamos a andar para alzar al perezoso y sumarlo a los demás / Vamos a andar para que no haya soledad / Vamos a andar para llegar a la vida.

9. No caminamos para llegar al paraíso: / por el pequeño vacío de ojo de aguja que somos / ya puede verse toda la constelación giratoria de estrellas / No vayamos presurosos a por uvas: / Ya estamos en medio de viñedos bien cargados.

[10. Pero... ¿cómo hablar de ese otro andar, el del que camina presuroso para salvar su vida? / ¿Qué decir del que sale corriendo de la guerra y encuentra que se le cortan los caminos? / ¿Hay palabras para los que ponen alambradas? / Se asfixian los cantos cuando a los que necesitan caminar se les acaban los pasos].

ⁱ Mahatma GANDHI: Todos los hombres son hermanos. SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ATENAS. Madrid 1988. Pág. 19.

ⁱⁱ Javier Melloni Ribas: Relaciones humanas y relaciones con Dios. Ed. San Pablo. Madrid 2006. Pág. 6.

ⁱⁱⁱ La reflexión sobre el nuevo paradigma de la educación de adolescente la baso en el libro de José Antonio Marina: El talento de los adolescentes. Ed. Ariel, Barcelona 2014.

^{iv} Cf. Karlfried Graf Dürckheim: La vida cotidiana como ejercicio de superación moral. En Ed. Mensajero lo encontraremos con el título “Práctica del camino interior”.

^v Remito para profundizar en los tres contenidos de esta propuesta de Educación de la Interioridad en la escuela a mi libro “La Educación del Interioridad, una propuesta para Secundaria y Bachillerato” Ed. CCS, Madrid 2009.

^{vi} En la actualidad, el concepto de *inteligencia espiritual* se relaciona con la educación holista. El Dr. Ramón Gallegos define la Inteligencia Espiritual como la **capacidad de ser feliz, de estar en armonía con la totalidad generando sentido para vivir**. Existen tres grandes momentos en la comprensión de la inteligencia humana: El primero es el de la visión uniforme de la inteligencia que surge al principio del siglo XX e inicia su decadencia en los ochenta; el segundo es el de la *teoría de las inteligencias múltiples* que se generaliza en los últimos 20 años del siglo pasado; el tercer momento es el de la *inteligencia espiritual* que se está desarrollando en este siglo XXI. En mi caso he preferido siempre utilizar la expresión “educación de la Interioridad” por un lado para evitar el equívoco en el que generalmente caemos en el contexto europeo de identificar totalmente “espiritualidad” con “religión” y que lleva a creer que trabajar la inteligencia espiritual tendría que ver prioritariamente con prácticas religiosas lo cual dificultaría entrar en esa propuesta a personas no creyentes muchas de las cuales, sin embargo, están en nuestros claustros y en nuestras aulas; por otro lado prefiero el término “interioridad” en cuanto alude a una dimensión y no a una inteligencia. En todo caso creo que la “inteligencia espiritual” y la “interioridad” pueden considerarse como sinónimos de alguna manera.

^{vii} Maestro Eckhart: sermón N.º4.

^{viii} Hadewijch de Amberes. Poema nº XI. Traducción de María Tabuyo.

^{ix} El Maestro Eckhart dirá que estamos llamados a ser “Dios en Dios”.

^x Karlfried Graf Dürckheim: La vida cotidiana como ejercicio de superación moral.

^{xi} María Zambrano: Claros del bosque, Seix Barral, Barcelona, 1977, p.51.